

NUEVOS NOMBRES EN LAS ACADEMIAS

NARCISO ALONSO CORTÉS

EN LA ESPAÑOLA

HASTA en la zona de lo literario y de lo científico —zona habitualmente en silencio fecundo y en labor íntima y recatada— hay nombres y obras que atraen sobre sí una más viva proyección callejera, ruidosa y espectacular. Son nombres que se repiten un día y otro a través de ese gran alta voz que es la prensa.

Se comentan sus libros, se citan sus frases y sus ideas. En la información y el comentario periodístico aparecen continuamente estos nombres, traídos por el viento de lo actual.

Pero, junto a ellos, hay otros que no tienen sobre sí una gloria vocinglera. Corresponden a escritores, a investigadores que, sin estridencia, sin efectismo, trabajan en silencio: en ese silencio que es la ejecutoria mejor de los grandes espíritus y de los trabajadores auténticos. Laboran aquí, en Madrid, en la paz noble de las bibliotecas, de los archivos y de los laboratorios. O en provincias, en esa recatada vida que guarda, como un tesoro, las más puras esencias tradicionales españolas.

A tal línea de trabajadores pertenece Narciso Alonso Cortés, elegido ahora académico por la Real Española. Sencillo, oscuro, fervoroso, atento sólo a su labor, realizada paciente e ilusionadamente, Alonso Cortés, castellano integral, es como un símbolo de su tierra amada: sobrio, hondo, generoso de su espíritu, enamorado de las causas altas y de los ideales quijotescos. El sillón de la Academia le llega cuando ha cumplido ya los setenta años y cuando, por imperativo de la Ley, deja de dar su diaria clase de Literatura a los chiquillos del Instituto vallisoletano. Pudo

Alonso Cortés haber sido académico antes, porque varias veces asomó su nombre a las deliberaciones de la Corporación. Se oponía a ello el obstáculo reglamentario de tener que residir en la capital. Pero el profesor prefirió sacrificar su gloria académica y continuar explicando literatura a los chiquillos de su ciudad. Ahora, jubilado, podrá vivir ya en Madrid y alternar los deberes de su nueva vida académica con las jornadas de descanso en su provinciana biblioteca de la calle Núñez de Arce.

Por las mañanas era la clase. Después, fuera de esas horas, era al investigación paciente en los archivos de Valladolid y el trabajo en casa, entre legajos y libros. El nombre de Narciso Alonso Cortés va unido a una serie de obras interesantes. Entre ellas, como una aportación excepcional a la historia de nuestra literatura, el extraordinario libro dedicado a la vida y a la obra de José Zorrilla. Es un libro que tiene el valor de lo ejemplar: sus mil páginas pueden servir de norma a quienes traten de estudiar una figura y reconstituir una época. Es Zorrilla seguido paso a paso, pulso a pulso, verso a verso. Sus amores, sus sueños, sus desalientos, sus angustias. Su aurora, su triunfo y su crepúsculo. Y, paralelamente a su vida, toda la vida literaria española desde los años fernandinos, de 1817 hasta 1893, cuando la Regencia. Hombres, obras, estrenos, tertulias, versos... Todo nuestro siglo XIX a través de sus nombres mejores. En el libro, el tema zorrillesco aparece agotado, llevado hasta sus últimas consecuencias y derivaciones. ¡Qué extraordinarios capítulos, por ejemplo, los dedicados a *Don Juan Tenorio*! Sus antecedentes, su relación con el teatro extranjero, su vida posterior, están evocados en una serie admirable de páginas que unen a su erudición una noble sencillez de estilo, con la mejor y más sobria claridad castellana.

Es este libro, principalmente, el que hace que llegue a la Academia Española don Narciso Alonso Cortés. En este nombre y en aquella obra pueden ser encontrados por todos el espíritu y la guía ejemplares de lo que debe ser una tarea realizada en el más bello y fecundo de los silencios.